

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalerunt*

Año LI, número 6 (2.603)

Ciudad del Vaticano

8 de febrero de 2019

## Visita apostólica a los Emiratos Árabes

Desde  
la perspectiva  
del cielo

ANDREA MONDA

La palabra del año, el Papa lo había dejado claro en el mensaje *Urbi et Orbi* del día de Navidad, es *fraternidad*. Hoy esta palabra muestra su fruto más hermoso: la paz. De acuerdo con estas dos palabras y su significado, el Papa en Abu Dabi hizo otro gesto histórico de su pontificado que se acerca al sexto aniversario: la firma conjunta con el Gran Imán de Al-Azhar, Ahmad Al-Tayyib, del «Documento sobre la Fraternidad Humana». Antes de la firma, en el entorno sobrio y evocador del *Founder's Memorial*, el Papa pronunció un discurso de alto nivel que parte de lejos, el octavo centenario de la reunión entre San Francisco y el Sultán al-Malik al-Kamil y desde arriba, desde la mirada de Dios: «No se puede honrar al Creador sin preservar el carácter sagrado de toda persona y de cada vida humana: todos son igualmente valiosos a los ojos de Dios. Porque él no mira a la familia humana con una mirada de preferencia que excluye, sino con una mirada benevolente que incluye». Y más adelante: «la conducta religiosa debe ser purificada continuamente de la tentación recurrente de juzgar a los demás como enemigos y adversarios. Todo credo está llamado a superar la brecha entre amigos y enemigos, para asumir la perspectiva del Cielo, que abraza a los hombres sin privilegios ni discriminaciones». Viene a la mente la frase de *El Revés de la trama*, de Graham Greene, en la que se habla del cielo lejano de la tierra de Sierra Leona, el lugar donde se desarrolla la novela: «Aquí se puede amar a los seres humanos casi como los ama Dios mismo, sabiendo lo peor de ellos». No hay juicio, no hay justicia, si no se declina según la misericordia.

Y, en cambio, el individualismo, «enemigo de la fraternidad» y la sed de poder, llevan al hombre a separar el mundo en amigos y enemigos. Carl Schmitt, el gran (y perturbador) filósofo del Derecho alemán, observó que «el poder se concentra alrededor de un enemigo», y es esta «concentración» lo que el Papa llegó a romper aquí en los Emiratos Árabes Unidos; como un verdadero pacificador, quiere con su discurso «contribuir activamente a la desmilitarización



## Histórico documento sobre la Fraternidad Humana

del corazón del hombre», porque «la fraternidad humana nos exige, como representantes de las religiones, el deber de desterrar todos los matices de aprobación de la palabra guerra. Devolvámosla a su miserable crudeza».

La paz es impuesta por la hermandad humana cuando se convierte en fraternidad, es decir, según la mirada de Dios Padre. Un padre misericordioso, y también imaginativo. Porque es un padre prolífico, el creador de todo lo que existe: «expresa también la multiplicidad y diferencia que hay

entre los hermanos, si bien unidos por el nacimiento y por la misma naturaleza y dignidad. Su expresión es la pluralidad religiosa. En este contexto, la actitud correcta no es la uniformidad forzada ni el sincretismo conciliatorio».

Por lo tanto, se necesita la misma fantasía de Dios para mantener juntas tanto la afirmación de la propia identidad «de la que no se debe abdicar para complacer al otro», como «la valentía de la alteridad, que implica el pleno reconocimiento del otro y de su libertad». Libertad; no es casualidad

que el Papa cite al Dostoyevski de *Los hermanos Karamazov*, el gran drama de la libertad, y lo cita para reflexionar sobre el tema de la sinceridad, una condición necesaria para un diálogo que conduzca a la paz.

Esto es lo que todo el mundo vio anoche en Abu Dabi: un hombre sincero que recorre incansablemente el mundo, que aprovechó la ocasión de un antiguo aniversario para «venir aquí como un creyente sediento de paz, como un hermano que busca la paz con los hermanos».

Corazón



*Las Bienaventuranzas son un mapa para la vida: invitan a tener limpio el corazón, a practicar la mansedumbre y la justicia, a ser misericordiosos con todos, a vivir la aflicción unidos a Dios*

(@pontifex\_es, 05 de febrero, 13:30)

San Francisco



*San Francisco nos recuerda que el cristiano va armado solo de su fe humilde y su amor concreto. Si vivimos en el mundo al modo de Dios, nos convertiremos en canales de su presencia*

(@pontifex\_es, 05 de febrero, 13:30)

Paz



*Dios está con el hombre que busca la paz. Y desde el cielo bendice cada paso que se da en la tierra por este camino*

(@pontifex\_es, 04 de febrero, 13:30)

Vida consagrada



*La vida consagrada es un encuentro vivo con el Señor en su pueblo, es llamada a la obediencia fiel de cada día y a las sorpresas inéditas del Espíritu, es visión de lo que importa abrazar para tener la alegría: Jesús*

(@pontifex\_es, 02 de febrero, 13:30)

# La semana del Papa

## A la Rota Romana

Unidad y fidelidad no solo son «dos bienes indispensables y constitutivos del matrimonio», sino también «dos valores importantes y necesarios en las relaciones interpersonales y sociales». El Papa lo recordó a los oficiales y abogados del tribunal de la Rota Romana, recibidos en audiencia el martes 29 de enero por la inauguración del año judicial. En su discurso, el Papa mencionó varias veces el binomio «unidad» y «fidelidad»: dos «bienes matrimoniales» que, especificó, «antes de ser obligaciones jurídicas de toda unión conyugal en Cristo, deben ser la epifanía de la fe bautismal». Esto significa que deben estar «adecuadamente ilustrados para los futuros cónyuges», sin olvidar que constituyen una solicitud también para «la acción pastoral de la Iglesia, especialmente de obispos y sacerdotes, para acompañar a la familia en las diferentes etapas de su formación y de su desarrollo». Para Francisco, «necesitamos una triple preparación para el matrimonio: remota, cercana y permanente». Esta última, en particular, «debe comprender, de manera seria y estructural las diferentes etapas de la vida matrimonial, a través de una formación cuidadosa, dirigida a aumentar en los esposos la conciencia de los valores y compromisos propios de su vocación».

## Para el diálogo teológico entre católicos y ortodoxos

Orient Medio «debe convertirse en una tierra de paz, no puede seguir siendo un campo de batalla». Lo reiteró el Papa Francisco en su discurso a los miembros de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia Católica y las Iglesias ortodoxas orientales, durante la audiencia celebrada el viernes 1 de febrero. En declaraciones a los representantes religiosos reunidos en la biblioteca privada, el pontífice reconoció la pertenencia de varios asistentes «a las iglesias de Oriente Medio terriblemente probadas por la guerra, la violencia y la persecución».

Francisco subrayó: «Que la guerra, hija del poder y la miseria, dé paso a la paz, la

hija de la ley y la justicia, y que también nuestros hermanos cristianos sean reconocidos como ciudadanos plenamente y con igualdad de derechos». Francisco invitó a continuar el camino común, respondiendo a la llamada del Señor «al testimonio coherente de la vida y a la búsqueda sincera de la unidad».

## En defensa de la vida

Los que son concebidos «son hijos de toda la sociedad, y su muerte, con la aprobación de los Estados, es un problema grave que socava la construcción de la justicia, comprometiendo la solución correcta de todos los demás problemas humanos y sociales». Es la fuerte denuncia del Papa durante la audiencia a los miembros de la junta directiva del Movimiento italiano por la vida, recibida el sábado 2 de febrero, en vísperas del 41º Día Nacional de la Vida, que se celebró en todas las diócesis de Italia el domingo 3, sobre el tema: «Es vida, es futuro».

El Papa lanzó un llamamiento explícito a los políticos «para que, independientemente de las creencias de fe de todos, establezcan como primera piedra del bien común la defensa de la vida de quienes están a punto de nacer y de entrar en la sociedad, a la que vienen para traer novedades, futuro y esperanza». El deseo de Francisco es que «no se dejen condicionar por la lógica que apunta al éxito personal o solo a intereses inmediatos o partidistas, sino que siempre deben mirar a lo lejos, y con el corazón miren a todos». En su discurso, el Papa reiteró que «extinguir voluntariamente la vida en su florecimiento» constituye «una traición a nuestra vocación, así como al pacto que une a las generaciones, un pacto que nos permite mirar hacia adelante con esperanza».

## La vida consagrada

No puede convertirse en «tiempo que pasa» la vida consagrada, sino que debe ser «tiempo de encuentro». Lo dijo el Papa Francisco en la homilía de la misa que se celebró en la basílica vaticana el sábado por la tarde, 2 de febrero, fiesta de la Presentación de Jesús en el

templo y Jornada mundial de la vida consagrada. Francisco recordó que «Seguir a Jesús no es una decisión que se toma de una vez por todas, es una elección cotidiana. Y al Señor no se le encuentra virtualmente, sino directamente, descubriéndolo en la vida, en lo concreto de la vida» y subrayó que es importante volver a las fuentes: «retornar con la memoria a los encuentros decisivos que hemos tenido con él, reavivar el primer amor, tal vez escribir nuestra historia de amor con el Señor» y añadió que esto le hará bien a la vida consagrada «para que no se convierta en un tiempo que pasa, sino que sea tiempo de encuentro». El Papa también señaló que la vida consagrada es «alabanza que da alegría al pueblo de Dios, visión profética que revela lo que importa».

## Visita a un centro de acogida

En la vigilia de la partida hacia los Emiratos Árabes Unidos, el sábado 2 de febrero, el Pontífice se dirigió, como habitualmente, a la basílica papal de Santa María la Mayor para encomendar el viaje a la protección de la *Salus populi Romani*. Al día siguiente, por la mañana, antes del Ángelus dominical, Francisco encontró en el patio Sixto V a una decena de personas de diversos países meridionales —cristianos y musulmanes asistidos por la Limosnería Apostólica y por la Comunidad de Santo Egidio— que fueron para desearle un buen viaje. Estuvieron acompañados por el cardenal limosnero Krajewski y entre ellos había alguna mujer de Yemen, una familia de Marruecos y una pareja de Irán. El Papa saludó a todos personalmente.

Después del rezo de la oración mariana con los fieles presentes en la plaza San Pedro, el Papa llegó en automóvil al aeropuerto de Fiumicino y poco antes de embarcar visitó un centro que acoge a personas sin hogar en el marco del proyecto «Vidas en tránsito, el rostro humano de un aeropuerto», que Aeropuertos de Roma puso en marcha en 2017. Se trata de un lugar de primera acogida que dispone de seis camas, más dos de emergencia y está dotado de servicios esenciales.

El llamamiento en el Día por la vida

*Una oración por los niños de Yemen «que tienen hambre, que tienen sed, que no tienen medicinas y que están en peligro de muerte»: lo pidió Francisco a los fieles reunidos en la plaza San Pedro a mediodía del domingo 3 de febrero para el rezo del Ángelus, dedicado al pasaje evangélico de Lucas (4, 21-30) que relata el episodio de Jesús en la sinagoga de Nazaret.*



# Por los niños de Yemen extenuados por el conflicto

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El domingo pasado, la liturgia nos propuso el episodio de la sinagoga de Nazaret, donde Jesús lee un pasaje del profeta Isaías y finalmente revela que esas palabras se cumplen «hoy» en él. Jesús se presenta como aquel en quien se apoyó el Espíritu del Señor, el Espíritu Santo que lo consagró y lo envió a cumplir la misión de salvación en favor de la humanidad. El Evangelio de hoy (cf. *Lucas* 4, 21-30) es la continuación de este relato y nos muestra el asombro de sus conciudadanos al ver que uno de sus compatriotas, «el hijo de José» (v. 22) pretende ser el Cristo, el enviado del Padre.

Jesús, con su capacidad de penetrar en las mentes y los corazones, entiende inmediatamente lo que piensan sus conciudadanos. Ellos creen que, dado que él es uno de ellos, debe demostrar este extraño «reclamo» haciendo milagros allí, en Nazaret, como lo hizo en los países vecinos (v. 23).

Pero Jesús no quiere y no puede aceptar esta lógica, porque no corresponde al plan de Dios: Dios quiere la fe, ellos quieren los milagros, las señales; Dios quiere salvar a todos, y ellos quieren un Mesías para su propia ventaja. Y para explicar la lógica de Dios, Jesús lleva el ejemplo de dos grandes profetas antiguos: Elías y Eliseo, a quienes Dios había enviado para sanar y salvar a personas no judías, de otros pueblos, pero que habían confiado en su palabra.

Ante esta invitación a abrir los corazones a la gratuidad y a la universalidad de la salvación, los ciudadanos de Nazaret se rebelan, y además adquieren una actitud agresiva que degenera hasta el punto de que «levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron a una altura escarpada del monte [...] para despeñarle». (v.29). La admiración del primer momento se transformó en una agresión, una rebelión contra Él.

Y este Evangelio nos muestra que el ministerio público de Jesús, comienza con un rechazo y con una amenaza de muerte, paradójicamente, por parte de sus propios conciudadanos. Jesús, al vivir la misión que le fue confiada por el Padre, sabe bien que debe afrontar la fatiga, el rechazo, la persecución y la desconfianza. Un precio que, ayer como hoy, la profecía auténtica está llamada a pagar. Este duro rechazo no desanima a Jesús, sino que

le impulsa al camino y a la fecundidad de su acción profética. Él sigue por su camino (v. 30), confiando en el amor del Padre.

También hoy, el mundo necesita ver en los discípulos del Señor a profetas, es decir, a personas valientes y perseverantes respondiendo a la vocación cristiana. Personas que siguen el «empuje» del Espíritu Santo, que los envía a anunciar esperanza y salvación a los pobres y excluidos; personas que siguen la lógica de la fe y no de la milagrería; personas dedicadas al servicio de todos, sin privilegios ni exclusiones. En pocas palabras: personas que se abren a acoger en sí mismas la voluntad del Padre y se comprometen a testimoniarla fielmente a los demás.

Recemos a María Santísima, para que podamos crecer y caminar en el mismo celo apostólico por el Reino de Dios que animó la misión de Jesús.

*Al finalizar la oración mariana, después del llamamiento por Yemen, el Pontífice recordó la celebración en Italia del Día por la vida y felicitó a los pueblos orientales que celebran el Año Nuevo lunar. Después saludó a los muchachos de Acción Católica de la diócesis de Roma, protagonistas de la Caravana anual de la paz. Finalmente pidió a los fieles que lo acompañen con la oración durante el viaje en los Emiratos Arabes Unidos.*

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran preocupación sigo la crisis humanitaria en Yemen. La población está agotada por el largo conflicto y muchísimos niños sufren hambre, pero no es posible acceder a los depósitos de alimentos. Hermanos y hermanas, el grito de estos niños y de sus padres se eleva ante Dios. Hago un llamamiento a las partes interesadas y a la comunidad internacional para favorecer con urgencia el cumplimiento de los acuerdos alcanzados, garantizar la distribución de alimentos y trabajar por el bien de la población. Invito a todos a rezar por nuestros hermanos de Yemen.

«Dios te salve María»...

Recemos fuerte, porque son niños que tienen hambre, tienen sed, que no tienen medicinas y que están en peligro de muerte. Llevemos con nosotros a casa este pensamiento.

Hoy se celebra en Italia el Día de la Vida, cuyo tema es «Es la vida, es el futuro». Me asocio con el mensaje de los Obispos y expreso mi aliento a las comunidades eclesiales que de muchas maneras promueven y sostienen la vida. Cada vez es más necesario un compromiso concreto para favorecer los nacimientos, que implique a las instituciones y a las diversas realidades culturales y sociales, reconociendo a la familia como el seno generador de la sociedad.

El 5 de febrero, en el Lejano Oriente y en varias partes del mundo, millones de hombres y mujeres celebrarán el Año Nuevo Lunar. Me gustaría saludar a todos con afecto, deseando que en sus familias se practiquen aquellas virtudes que ayuden a vivir en paz con uno mismo, con los demás y con la creación, e invitando a rezar por el don de la paz, un don que hay que acoger y cultivar con la contribución de cada uno.

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos. En particular, a los fieles que han venido de Croacia y Polonia; Los de Lecce, Potenza, Cerignola, San Benedetto del Tronto y Castelliri. Saludo a las Hermanas Pías Discípulas del Divino Maestro y al coro parroquial de Claut (Pordenone).

Con gran afecto, saludo a los niños y niñas de la Acción Católica de la Diócesis de Roma. Queridos chicos y chicas, me complace daros la bienvenida, junto con el Cardenal Vicario, los sacerdotes asistentes, vuestros padres y educadores, al final de la «Caravana de la Paz». Con esta iniciativa, abris las celebraciones por el 150º aniversario de la fundación de Acción Católica en Roma y el 50 aniversario del nacimiento de la ACR. Deseo que seáis testigos alegres de la paz y la fraternidad.

Ahora escuchemos juntos el mensaje que vuestros amigos, aquí junto a mí, nos leerán.

[Lectura del mensaje].

Y ahora los globos se elevarán al cielo, un símbolo de nuestras oraciones por la paz en el mundo.

[lanzamiento de los globos]

Dentro de menos de una hora partiré en un viaje breve pero importante a los Emiratos Árabes Unidos. Por favor, acompañadme con la oración. Buen domingo a todos. Buen almuerzo y hasta pronto.



El papa al capítulo general de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios

## Al servicio del mundo herido y enfermo

*La «profecía de la compasión» exige un compromiso auténtico «al servicio del mundo herido y enfermo». Lo recordó el Papa Francisco a los participantes del capítulo general de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, recibidos en audiencia la mañana del viernes 1 de febrero, en la Sala Clementina.*

Queridos hermanos:

Con gozo los recibo en este momento en que celebran el 69 Capítulo general de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Deseo agradecerles lo que son y lo que hacen en las distintas expresiones de su carisma. Agradezco al Superior General por las palabras con que introdujo nuestro encuentro. Y quisiera invitarlos a centrar nuestra atención en tres temas: discernimiento, cercanía-hospitalidad y misión compartida.

**Discernimiento.** Se trata de una actitud fundamental en la vida de la Iglesia y en la vida consagrada. Hacer memoria agradecida del pasado, —como nos invita a hacer la Palabra de Dios en la Liturgia de hoy— vivir el presente con pasión y abrazar el futuro con esperanza —los tres objetivos señalados para el Año de la Vida Consagrada— sería imposible sin un adecuado discernimiento. Mirando al pasado, el discernimiento lleva a la purificación de nuestra historia y de nuestro carisma, a separar el grano de la paja, a fijar nuestra atención en lo que es importante. Mirando al pasado, llegamos también al encuentro con el primer amor. Mirando al presente, el discernimiento impulsa a vivir el momento actual con la pasión que debe caracterizar la vida consagrada, ahuyenta la rutina y la mediocridad, y transforma la pasión por Cristo en compasión que sale al paso de los dolores y necesidades de la humanidad. Mirando al futuro, el discernimiento les permitirá seguir haciendo fecundo el carisma de la hospitalidad y del cuidado, enfrentando los nuevos desafíos que se les presentan. El discernimiento radica en una dimensión histórica.

Deseo que este Capítulo quede en el corazón y en la memoria de su Congregación como una experiencia de diálogo y de discernimiento, en la escucha del Espíritu y de los hermanos y colaboradores, sin ceder a la tentación de la autorreferencialidad, que los llevaría a cerrarse en ustedes mismos. Por favor, no hagan de la Orden Hospitalaria un ejército cerrado, un coto cerrado. Dialoguen, debatan y proyecten juntos, desde sus raíces, el presente y el futuro de su vida y misión, escuchando siem-

pre la voz de tantos enfermos y personas que los necesitan, como lo hizo san Juan de Dios: un hombre apasionado por Dios y compadecido del enfermo y del pobre.

Segunda actitud: **Cercanía-hospitalidad.** Pasión y compasión son energías del Espíritu que darán sentido a su misión hospitalaria, que animarán su espiritualidad y darán calidad a su vida fraterna en comunidad. En un consagrado, y en todo bautizado, no puede haber verdadera compasión por los demás si no hay pasión de amor por Jesús. La pasión por Cristo nos lanza a la profecía de la compasión. Que resuene en ustedes la causa de lo humano como causa de Dios. Y así, sintiéndose una familia, podrán ponerse en todo momento al servicio del mundo herido y enfermo.

En medio de tantos signos de muerte, piensen en la figura evangélica del samaritano (cf. *Lc 10, 15-37*). No parece tener muchos recursos, no pertenece a ningún centro de poder que lo respalde, no tiene más que su alforja, pero tiene la mirada atenta y allí, en lo más profundo de su ser, su corazón ha vibrado al ritmo de otro. La urgencia de tender la mano al que lo necesita le lleva a posponer sus proyectos y a interrumpir su camino. La inquietud por la vida amenazada del otro hace que emerja lo mejor de su humanidad, derramando con ternura aceite y vino sobre las heridas de ese hombre medio muerto.

En este gesto de pura alteridad y de gran humanidad se encierra el secreto de vuestra identidad hospitalaria. Al dejarse afectar por el otro, y en el gesto del samaritano de derramar aceite y vino sobre las heridas del caído en manos de los bandidos descubrirán la marca de vuestra propia identidad. Una marca que los llevará a mantener viva en el tiempo la presencia misericordiosa de Jesús que se identifica con los pobres, los enfermos y necesitados, y se dedica a su servicio. De este modo pueden llevar a cabo su misión de anunciar y realizar el Reino entre los pobres y enfermos. Con su testimonio y sus obras apostólicas aseguran asistencia a los enfermos y necesitados, con preferencia por los más pobres (cf. *Constituciones generales*, art. 5), y promueven la pastoral de la salud.

El samaritano cuidó del herido. El verbo «cuidar» tiene dimensión humana y espiritual. Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos su carne en la carne de los que sufren en el cuerpo o en el espíritu. Tocar, para dejarnos tocar. ¡Nos haría tanto bien! Y entonces sus vidas se transformarán en icono de las entrañas de

misericordia de Dios, configurándose finalmente con Cristo compasivo y misericordioso, que pasó por el mundo haciendo el bien a todos (cf. *Hch 10, 38*) y curando toda clase de enfermedades y dolencias (cf. *Mt 4, 23*).

En este contexto les pido un sereno discernimiento sobre las estructuras. Sus estructuras han de ser «posadas» —como la de la parábola del Samaritano— al servicio de la vida, espacios en los que particularmente los enfermos y los pobres se sientan acogidos. Y les hará bien preguntarse una y otra vez cómo mantener la memoria de esas estructuras que nacieron como expresión de su carisma, para que permanezcan siempre al servicio de esa ternura y cuidado que debemos a las víctimas del descarte de la sociedad. Les pido que creen redes «samaritanas» en favor de los más débiles, con atención particular a los enfermos pobres, y que sus casas sean siempre comunidades abiertas y acogedoras para globalizar una solidaridad compasiva.

Tercera palabra: **Misión compartida.** Esto es una verdadera urgencia, y no solo porque se atraviesan momentos de escasez de vocaciones, sino porque nuestros carismas son dones para toda la Iglesia y para el mundo. Más allá del número y de la edad, el Espíritu suscita siempre una renovada fecundidad que pasa por un adecuado discernimiento e incrementa la formación conjunta, de tal forma que religiosos y laicos tengan un corazón misionero que salta de gozo al experimentar la salvación de Cristo, y la comparte como consuelo y compasión, corriendo el riesgo de ensuciarse en el lodo del camino (cf. *Evangelii gaudium*, 45).

Os animo a cuidar su propia formación, y a no dejar de formar a los laicos en el carisma, la espiritualidad y la misión de la hospitalidad cristiana, para que también ellos tengan un cálido sentido de pertenencia y en sus obras nunca falte el testimonio de la espiritualidad que alimentó la vida de san Juan de Dios.

Queridos hermanos: Lleven la compasión y misericordia de Jesús a los enfermos y a los más necesitados. Salgan de ustedes mismos, de sus limitaciones, de sus problemas y dificultades, para unirse a los demás en una caravana de solidaridad. Que sus jóvenes profeticen y sus ancianos no dejen de soñar (cf. *Jl 3, 1*). Los acompaño con mi bendición; y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

El discurso de Francisco

# Dios está con el hombre que busca la paz

*La tarde del lunes 4 de febrero, el Papa, a bordo de un monovolumen se trasladó —acompañado del gran Imán de Al-Azhar— desde la Gran Mezquita del jeque Zayed al Founders' Memorial, donde tuvo lugar el encuentro interreligioso en el que pronunció el primer discurso público del viaje.*

Al Salamò Alaikum! La paz esté con vosotros.

Agradezco sinceramente a Su Alteza el Jeque bin Rashid Al Maktoum y al Dr. Ahmad Al-Tayyib, Gran Imán de Al-Azhar, por sus palabras. Doy las gracias al Consejo de los Ancianos por el encuentro que acabamos de tener en la Mezquita Sheikh Zayed.

Saludo cordialmente también al Sr. Abdelfatá Al Sisi, Presidente de la República Árabe de Egipto, tierra de Al-Azhar. Saludo cordialmente a las autoridades civiles y religiosas y al cuerpo diplomático. Permítanme además un sincero agradecimiento por la cálida bienvenida que nos han dispensado a mí y a mi delegación.

También doy las gracias a todas las personas que contribuyeron a hacer posible este viaje y que han trabajado en este evento con dedicación, entusiasmo y profesionalismo: a los organizadores, al personal de Protocolo, al de Seguridad y a todos aquellos que «entre bambalinas» han colaborado de diversas maneras. Agradezco de forma especial al señor Mohamed Abdel Salam, exconsejero del Gran Imán.

Desde vuestra patria me dirijo a todos los países de la Península, a quienes deseo enviarles mi más cordial saludo, con amistad y aprecio. Con gratitud al Señor, en el octavo centenario del encuentro entre san Francisco de Asís y el sultán al-Malik al-Kāmil, he aceptado la ocasión para venir aquí como un creyente sediento de paz, como un hermano que busca la paz con los hermanos. Querer la paz, promover la paz, ser instrumentos de paz: estamos aquí para esto.

El logo de este viaje representa una paloma con una rama de olivo. Es una imagen que recuerda la historia del diluvio universal, presente en diferentes tradiciones religiosas. De acuerdo con la narración bíblica, para preservar a la humanidad de la destrucción, Dios le pide a Noé que entre en el arca con su familia. También hoy, en nombre de Dios, para salvaguardar la paz, necesitamos entrar juntos como una misma familia en un arca que pueda navegar por los mares tormentosos del mundo: *el arca de la fraternidad*.

El punto de partida es reconocer que Dios está en el origen de la familia humana. Él, que es el Creador de todo y de todos, quiere que vivamos como hermanos y hermanas, habitando en la casa común de la creación que él nos ha dado. Aquí, en las raíces de nuestra humanidad común, se fundamenta la fraternidad como una «vocación contenida en el plan creador de Dios». Nos dice que todos tenemos la misma dignidad y que nadie puede ser amo o esclavo de los demás. No se puede

honrar al Creador sin preservar el carácter sagrado de toda persona y de cada vida humana: todos son igualmente valiosos a los ojos de Dios. Porque él no mira a la familia humana con una mirada de preferencia que excluye, sino con una mirada benevolente que incluye. Por lo tanto, reconocer los mismos derechos a todo ser humano es glorificar el nombre de Dios en la tierra. Por lo tanto, en el nombre de Dios Creador, hay que condenar sin vacilación toda forma de violencia, porque usar el nombre de Dios para justificar el odio y la violencia contra el hermano es una grave profanación. No hay violencia que encuentre justificación en la religión; nadie

hombre, también se vigila para que la religión no sea instrumentalizada y corra el peligro, al admitir la violencia y el terrorismo, de negarse a sí misma.

La fraternidad ciertamente «expresa también la multiplicidad y diferencia que hay entre los hermanos, si bien unidos por el nacimiento y por la misma naturaleza y dignidad». Su expresión es la pluralidad religiosa. En este contexto, la actitud correcta no es la uniformidad forzada ni el sincretismo conciliatorio: lo que estamos llamados a hacer, como creyentes, es comprometernos con la misma dignidad de todos, en nombre del Misericordioso que nos creó

pleno reconocimiento del otro y de su libertad, y el consiguiente compromiso de empeñarme para que sus derechos fundamentales sean siempre respetados por todos y en todas partes. Porque sin libertad ya no somos hijos de la familia humana, sino esclavos. De entre las libertades me gustaría destacar la religiosa. Esta no se limita solo a la libertad de culto, sino que ve en el otro a un verdadero hermano, un hijo de mi propia humanidad que Dios deja libre y que, por tanto, ninguna institución humana puede forzar, ni siquiera en su nombre.

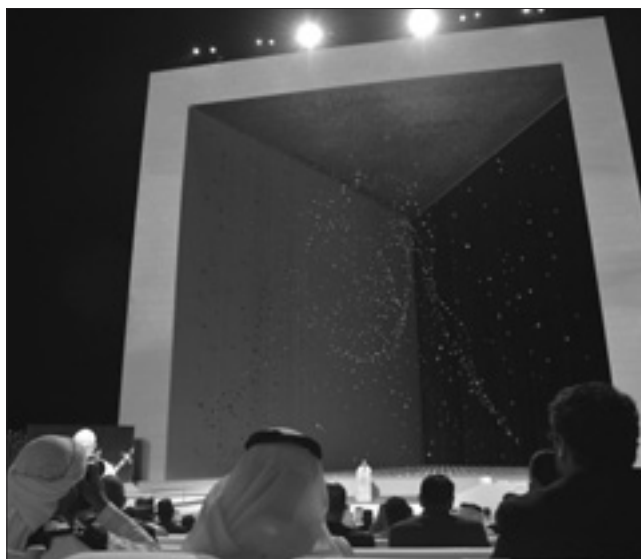
## Diálogo y oración

La valentía de la alteridad es el alma del diálogo, que se basa en la sinceridad de las intenciones. El diálogo está de hecho amenazado por la simulación, que aumenta la distancia y la sospecha: no se puede proclamar la fraternidad y después actuar en la dirección opuesta. Según un escritor moderno, «quien se miente a sí mismo y escucha sus propias mentiras, llega al punto en el que ya no puede distinguir la verdad, ni dentro de sí mismo ni a su alrededor, y así comienza a no tener ya estima ni de sí mismo ni de los demás». Para todo esto la oración es indispensable: mientras encarna la valentía de la alteridad con respecto a Dios, en la sinceridad de la intención, purifica el corazón del replegarse en sí mismo. La oración hecha con el corazón es regeneradora de fraternidad. Por eso, «en lo referente al futuro del diálogo interreligioso, la primera cosa que debemos hacer es rezar. Y rezar los unos por los otros: ¡somos hermanos! Sin el Señor, nada es posible; con él, ¡todo se vuelve posible! Que nuestra oración —cada uno según la propia tradición— pueda adherirse plenamente a la voluntad de Dios, quien desea que todos los hombres se reconozcan hermanos y vivan como tal, formando la gran familia humana en la armonía de la diversidad».

No hay alternativa: o construimos el futuro juntos o no habrá futuro. Las religiones, de modo especial, no pueden renunciar a la tarea urgente de construir puentes entre los pueblos y las culturas. Ha llegado el momento de que las religiones se empeñen más activamente, con valor y audacia, con sinceridad, en ayudar a la familia humana a madurar la capacidad de reconciliación, la visión de esperanza y los itinerarios concretos de paz.

## La educación y la justicia

Volvemos entonces a la imagen inicial de la paloma de la paz. También la paz para volar necesita alas que la sostengan. Las alas de la educación y la justicia. Educar —en latín significa extraer, sacar— es descubrir los preciosos recursos del alma. Es confortador observar que en este país no solo se invierte en la extracción de los recursos de la tierra, sino también en los del corazón, en la



debe «instrumentalizar a las religiones para incitar al odio, a la violencia, al extremismo y al fanatismo ciego ... [o bien] usar el nombre de Dios para justificar actos de homicidio, exilio, terrorismo y opresión» (*Documento sobre la Fraternidad Humana*).

El enemigo de la fraternidad es el individualismo, que se traduce en la voluntad de afirmarse a sí mismo y al propio grupo por encima de los demás. Es una insidia que amenaza a todos los aspectos de la vida, incluso la prerrogativa más alta e innata del hombre, es decir, la apertura a la trascendencia y a la religiosidad. La verdadera religiosidad consiste en amar a Dios con todo nuestro corazón y al prójimo como a nosotros mismos. Por lo tanto, la conducta religiosa debe ser purificada continuamente de la tentación recurrente de juzgar a los demás como enemigos y adversarios. Todo credo está llamado a superar la brecha entre amigos y enemigos, para asumir la perspectiva del Cielo, que abraza a los hombres sin privilegios ni discriminaciones. Por eso, quisiera expresar mi aprecio por el compromiso con que este país tolera y garantiza la libertad de culto, oponiéndose al extremismo y al odio. De esta manera, al mismo tiempo que se promueve la libertad fundamental de profesar la propia fe, que es una exigencia intrínseca para la realización del

y en cuyo nombre se debe buscar la recomposición de los contrastes y la fraternidad en la diversidad. Aquí me gustaría reafirmar la convicción de la Iglesia Católica: «No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios».

Sin embargo, se nos presentan varias cuestiones: ¿Cómo protegernos mutuamente en la única familia humana? ¿Cómo alimentar una fraternidad no teórica que se traduzca en auténtica fraternidad? ¿Cómo hacer para que prevalezca la inclusión del otro sobre la exclusión en nombre de la propia pertenencia de cada uno? ¿Cómo pueden las religiones, en definitiva, ser canales de fraternidad en lugar de barreras de separación?

## La familia humana y la valentía de la alteridad

Si creemos en la existencia de la familia humana, se deduce que esta, en sí misma, debe ser protegida. Como en todas las familias, esto ocurre principalmente a través de un diálogo cotidiano y efectivo. Presupone la propia identidad, de la que no se debe abdicar para complacer al otro. Pero, al mismo tiempo, pide la valentía de la alteridad<sup>1</sup>, que implica el



VIENE DE LA PÁGINA 5

educación de los jóvenes. Es un compromiso que espero continúe y se extienda a otros lugares. También la educación acontece en la relación, en la reciprocidad. Junto a la famosa máxima antigua «conócete a ti mismo», debemos colocar «conoce a tu hermano»: su historia, su cultura y su fe, porque no hay un verdadero conocimiento de sí mismo sin el otro. Como hombres, y más aún como hermanos, recordémosnos que nada de lo que es humano nos puede ser extraño<sup>7</sup>. Es importante para el futuro formar identidades abiertas, capaces de superar la tentación de repliegarse sobre sí mismos y volverse rígidos.

Invertir en cultura ayuda a que disminuya el odio y aumente la civilización y la prosperidad. La educación y la violencia son inversamente proporcionales. Las instituciones católicas —muy apreciadas en este país y en la región— promueven dicha educación para la paz y el entendimiento mutuo para prevenir la violencia. Los jóvenes, rodeados con frecuencia por mensajes negativos y noticias falsas, deben aprender a no rendirse a las seducciones del materialismo, del odio y de los prejuicios; aprender a reaccionar ante la injusticia y también ante las experiencias dolorosas del pasado; aprender a defender los derechos de los demás con el mismo vigor con el que defienden sus derechos. Un día ellos nos juzgarán: bien, si les hemos dado bases sólidas para crear nuevos encuentros de civilización; mal, si les hemos proporcionado solo espejismos y la desolada perspectiva de conflictos perjudiciales de incivilidad.

La justicia es la segunda ala de la paz, que a menudo no se ve amenazada por episodios individuales, sino que es devorada lentamente por el cáncer de la injusticia. Por lo tanto, uno no puede creer en Dios y no tratar de vivir la justicia con todos, de acuerdo con la regla de oro: «Todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacédlo vosotros con ella; pues esta es la Ley y los Profetas» (Mt 7, 12). ¡La paz y la justicia son inseparables! El profeta Isaías dice: «La obra de la justicia será la paz» (32, 17). La paz muere cuando se divorcia de la justicia, pero la justicia es falsa si no es universal. Una justicia dirigida solo a miembros de la propia familia, compatriotas, creyentes de la misma fe es una justicia que cojea, es una injusticia disfrazada. Las religiones tienen también la tarea de recordar que la codicia del beneficio vuelve el corazón inerte y que las leyes del mercado actual, que exigen todo y de forma inmediata, no favorecen el encuentro, el diálogo, la familia, las dimensiones esenciales de la vida que necesitan de tiempo y paciencia. Que las religiones sean la voz de los últimos, que no son estadísticas sino hermanos, que estén del lado de los pobres; que vigilen como centinelas de fraternidad en la noche del conflicto, que sean referencia solícita para que la humanidad no cierre los ojos ante las injusticias y nunca se resignen ante los innumerables dramas en el mundo.



## Dios está con el hombre que busca la paz

### El desierto que florece

Después de haber hablado de la fraternidad como arca de paz, me gustaría inspirarme en una segunda imagen, la del desierto que nos rodea. Aquí, en pocos años, con visión de futuro y sabiduría, el desierto se ha transformado en un lugar próspero y hospitalario; el desierto ha pasado de ser un obstáculo intransitable e inaccesible a un lugar de encuentro entre culturas y religiones. Aquí el desierto ha florecido, no solo por unos pocos días al año, sino para muchos años venideros. Este país, en el que la arena y los rascacielos se dan la mano, sigue siendo una importante encrucijada entre el Occidente y el Oriente, entre el Norte y el Sur del planeta, un lugar de desarrollo, donde los espacios, en otro tiempo inhóspitos, ofrecen puestos de trabajo para personas de diversas naciones. Sin embargo, el desarrollo tiene también sus adversarios. Y si el enemigo de la fraternidad era el individualismo, me gustaría señalar a la indiferencia como un obstáculo para el desarrollo, que termina convirtiendo las realidades florecientes en tierras desiertas. De hecho, un desarrollo meramente utilitario no ofrece un progreso real y duradero. Solo un desarrollo integral e integrador favorece un futuro digno del hombre. La indiferencia impide ver a la comunidad humana más allá de las ganancias y al hermano más allá del trabajo que realiza.

La indiferencia no mira hacia el futuro; no le interesa el futuro de la creación, no le importa la dignidad del forastero y el futuro de los niños. En este contexto, me alegro de que, en el pasado mes de noviembre, haya tenido lugar aquí en Abu Dhabi el primer Foro de la Alianza Interreligiosa para Comunidades más seguras, sobre el tema de la dignidad del niño en la era digital. Este evento acogió el mensaje publicado un año antes en Roma en el Congreso Internacional sobre el mismo tema, al que le di todo mi apoyo y aliento. Por lo tanto, agradezco a todos los

líderes comprometidos en este ámbito y les aseguro mi apoyo, solidaridad y colaboración, como también la de la Iglesia Católica, en esta causa importante de la protección de los menores en todos sus aspectos.

Aquí, en el desierto, se ha abierto un camino de desarrollo fecundo que, a partir del trabajo, ofrece esperanzas a muchas personas de diferentes pueblos, culturas y credos. Entre ellos, también muchos cristianos, cuya presencia en la región se remonta a siglos atrás, han encontrado oportunidades y han contribuido de manera significativa al crecimiento y bienestar del país. Además de las habilidades profesionales, os brindan la autenticidad de su fe.

El respeto y la tolerancia que encuentran, así como los lugares de culto necesarios donde rezan, les permiten esa maduración espiritual que luego beneficia a toda la sociedad. Los animo a que continúen en este camino, para que aquellos que viven o están de paso preserven no solo la imagen de las grandes obras construidas en el desierto, sino también de una nación que incluye y abarca a todos. En este mismo espíritu deseo que, no solo aquí, sino en toda la amada y neurálgica región de Oriente Medio, haya oportunidades concretas de encuentro: una sociedad donde personas de diferentes religiones tengan el mismo derecho de ciudadanía y donde solo se le quite ese derecho a la violencia, en todas sus formas. Una convivencia fraterna basada en la educación y la justicia; un desarrollo humano, construido sobre la inclusión acogedora

y sobre los derechos de todos: estas son semillas de paz, que las religiones están llamadas a hacer brotar. A ellos les corresponde, quizás como nunca antes, en esta delicada situación histórica, una tarea que ya no puede posponerse: contribuir activamente a la desmilitarización del corazón del hombre. La carrera armamentística, la extensión de sus zonas de influencia, las políticas agresivas en detrimento de lo demás nunca traerán estabilidad. La guerra no sabe crear nada más que miseria, las armas nada más que muerte.

La fraternidad humana nos exige, como representantes de las religiones, el deber de desterrar todos los matices de aprobación de la palabra guerra. Devolvámosla a su miserable crudeza. Ante nuestros ojos están sus nefastas consecuencias. Estoy pensando de modo particular en Yemen, Siria, Irak y Libia. Juntos, hermanos de la única familia humana querida por Dios, comprometámonos contra la lógica del poder armado, contra la mercantilización de las relaciones, los armamentos de las fronteras, el levantamiento de muros, el amordazamiento de los pobres; a todo esto nos oponemos con el dulce poder de la oración y con el empeño diario del diálogo. Que nuestro estar juntos hoy sea un mensaje de confianza, un estímulo para todos los hombres de buena voluntad, para que no se rindan a los diluvios de la violencia y la desertificación del altruismo. Dios está con el hombre que busca la paz. Y desde el cielo bendice cada paso que, en este camino, se realiza en la tierra.

### Notas

<sup>1</sup> Benedicto XVI, *Discurso a los nuevos Embajadores ante la Santa Sede*, 16 diciembre 2010.

<sup>2</sup> *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 2015, 2.

<sup>3</sup> Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 5.

<sup>4</sup> Cf. *Discurso a los participantes en la Conferencia Internacional para la paz*, Al-Azhar Conference Centre, El Cairo, 28 abril 2017.

<sup>5</sup> F.M. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, II, 2.

<sup>6</sup> *Audiencia General*, 28 octubre 2015.

<sup>7</sup> Cf. Terencio, *Heautontimorumenos* I, 1, 25.

En el Zayed Sports City de Abu Dabi el Papa celebra la misa final del viaje

# El cristiano es el hombre de las bienaventuranzas

*En el estadio Zayed Sports City de Abu Dabi, el Papa presidió la misa «por la paz y la justicia» en la mañana del martes 5 de febrero. Durante la celebración, última cita pública del viaje en los Emiratos Árabes Unidos, el pontífice pronunció la siguiente homilía.*

**Bienaventurados:** es la palabra con la que Jesús comienza su predicación en el Evangelio de Mateo. Y es el estribillo que él repite hoy, casi como queriendo fijar en nuestro corazón, ante todo, un mensaje fundamental: si estás con Jesús; si amas escuchar su palabra como los discípulos de entonces; si buscas vivirla cada día, eres bienaventurado. No serás bienaventurado, sino que eres bienaventurado: esa es la primera realidad de la vida cristiana. No consiste en un elenco de prescripciones exteriores para cumplir o en un complejo conjunto de doctrinas que hay que conocer. Ante todo, no es esto; es sentirse, en Jesús, hijos amados del Padre. Es vivir la alegría de esta bienaventuranza, es entender la vida como una historia de amor, la historia del amor fiel de Dios que nunca nos abandona y quiere vivir siempre en comunión con nosotros. Este es el motivo de nuestra alegría, de una alegría que ninguna persona en el mundo y ninguna circunstancia de la vida nos puede quitar.

Es una alegría que da paz incluso en el dolor, que ya desde ahora nos hace preguntarnos esa felicidad que nos aguarda para siempre. Queridos hermanos y hermanas, en la alegría de encontraros, esta es la palabra que he venido a deciros: bienaventurados. Ahora bien, Jesús llama bienaventurados a sus discípulos, sin embargo, llaman la atención los motivos de las diversas bienaventuranzas. En ellas vemos una transformación total en el modo de pensar habitual, que considera bienaventurados a los ricos, los poderosos, los que tienen éxito y son aclamados por las multitudes. Para Jesús, en cambio, son bienaventurados los pobres, los mansos, los que se mantienen justos aun corriendo el riesgo de ser ridiculizados, los perseguidos. ¿Quién tiene razón, Jesús o el mundo? Para entenderlo, miremos cómo vivió Jesús: pobre de cosas y rico de amor, devolvió la salud a muchas vidas, pero no se ahorró la suya. Vino para servir y no para ser servido; nos enseñó que no es grande quien tiene, sino quien da.

Fue justo y dócil, no opuso resistencia y se dejó condenar injustamente. De este modo, Jesús trajo al mundo el amor de Dios. Solo así derrotó a la muerte, al pecado, al miedo y a la misma mundanidad, solo con la fuerza del amor divino. Todos juntos, pidamos hoy en este lugar, la gracia de redescubrir la belleza de seguir a Jesús, de imitarlo, de no buscar más que a él y a su amor humilde. Porque el sentido de la vida en la tierra está aquí, en la

comunión con él y en el amor por los otros. ¿Creéis esto? He venido también a daros las gracias por el modo como vivís el Evangelio que hemos escuchado. Se dice que entre el Evangelio escrito y el que se vive existe la misma diferencia que entre la música escrita y la interpretada. Vosotros aquí conocéis la melodía del Evangelio y vivís el entusiasmo de su ritmo. Sois un coro compuesto por una variedad de naciones, lenguas y ritos; una diversidad que el Espíritu Santo ama y quiere armonizar cada vez más, para hacer una sinfonía. Esta alegre sinfonía de la fe es un testimonio que daís a todos y que construye la Iglesia.

Me ha impactado lo que Mons. Hinder dijo una vez, que no solo él se siente vuestro Pastor, sino que vosotros, con vuestro ejemplo, sois a menudo pastores para él. ¡Gracias por esto! Ahora bien, vivir como bienaventurados y seguir el camino de Jesús no significa estar siempre contentos. Quien está afligido, quien

sufre injusticias, quien se entrega para ser artífice de la paz sabe lo que significa sufrir. Ciertamente, para vosotros no es fácil vivir lejos de casa y quizá sentir la ausencia de las personas más queridas y la incertidumbre por el futuro. Pero el Señor es fiel y no abandona a los suyos. Nos puede ayudar un episodio de la vida de san Antonio abad, el gran fundador del monacato en el desierto. Él había dejado todo por el Señor y se encontraba en el desierto. Allí, durante un largo tiempo, sufrió una dura lucha espiritual que no le daba tregua, asaltado por dudas y oscuridades, tentado incluso de ceder a la nostalgia y a las cosas de la vida pasada. Después de tanto tormento, el Señor lo consoló y san Antonio le preguntó: «¿Dónde estabas? ¿Por qué no apareciste antes para detener los sufrimientos? ¿Dónde estabas!». Entonces percibió con claridad la respuesta de Jesús: «Antonio, yo estaba aquí» (S. Atanasio, *Vida de Antonio*, 10). El Señor está cerca. Frente a una prueba o a un período difícil, podemos pensar que estamos solos, incluso después de estar tanto tiempo con el Señor. Pero en esos mo-

mentos, aun si no interviene rápidamente, él camina a nuestro lado y, si seguimos adelante, abrirá una senda nueva. Porque el Señor es especialista en hacer nuevas las cosas, y sabe abrir caminos en el desierto (cf. *Is 43, 19*).

Queridos hermanos y hermanas: Quisiera deciros también que para vivir las Bienaventuranzas no se necesitan gestos espectaculares. Mírenos a Jesús: no dejó nada escrito, no construyó nada imponente. Y cuando nos dijo cómo hemos de vivir no nos ha pedido que levantemos grandes obras o que nos destaquemos realizando hazañas extraordinarias. Nos ha pedido que llevemos a cabo una sola obra de arte, al alcance de todos: la de nuestra vida. Las Bienaventuranzas son una ruta de vida: no nos exigen acciones sobrehumanas, sino que imitemos a Jesús cada día. Invitan a tener limpio el corazón, a practicar la mansedumbre y la justicia a pesar de todo, a ser misericordiosos con todos, a vi-

humana criatura por Dios y confiesen que son cristianos» (*Regla no bulada*, xvi). No entablen litigios ni contiendas —y esto vale también para los sacerdotes— ni litigios ni contiendas: en ese tiempo, mientras tantos marchaban revestidos de pesadas armaduras, san Francisco recordó que el cristiano va armado solo de su fe humilde y su amor concreto. Es importante la mansedumbre: si vivimos en el mundo al modo de Dios, nos convertiremos en canales de su presencia; de lo contrario, no daremos frutos.

La segunda Bienaventuranza: «Bienaventurados los que trabajan por la paz» (v. 9). El cristiano promueve la paz, comenzando por la comunidad en la que vive. En el libro del Apocalipsis, hay una comunidad a la que Jesús se dirige, la de Filadelfia, que creo se parece a la vuestra.

Es una Iglesia a la que el Señor, a diferencia de casi todas las demás, no le reprocha nada. En efecto, ella ha conservado la palabra de Jesús, sin renegar de su nombre, y ha perseverado, es decir que, a pesar de las dificultades, ha seguido adelante. Y hay un aspecto importante: el nombre Filadelfia significa *amor entre hermanos*. El amor fraterno.

Una Iglesia que persevera en la palabra de Jesús y en el amor fraterno es agradable a Dios y da fruto. Pido para vosotros la gracia de conservar la paz, la unidad, de hacerlos cargo los unos de los otros, con esa hermosa fraternidad que hace que no haya cristianos de primera y de segunda clase. Jesús, que os llama bienaventurados, os da la gracia de seguir siempre adelante sin desanimaros, creciendo en el amor mutuo y en el amor a todos (cf. *1 Ts 3, 12*).

*Al concluir la misa el Papa Francisco saludó a los numerosos fieles presentes con estas palabras.*

Antes de concluir esta celebración, que me ha dado mucha alegría, quisiera extender mi saludo cordial a todos los que habéis participado: fieles caldeos, coptos, greco-católicos, greco-melquitas, latinos, maronitas, sirio-católicos, siro-malabares, siro-malankares.

Agradezco sinceramente a Monseñor Hinder la preparación de esta visita y todo su trabajo pastoral. Un «gracias» sentido a los patriarcas, a los arzobispos mayores y a los otros obispos presentes, a los sacerdotes, a los consagrados y a tantos laicos comprometidos con generosidad y espíritu de servicio en las comunidades y con los más pobres. Saludo y doy las gracias a «*eyal Zayid fi dar Zayid* / los hijos de Zayid en la casa de Zayid».

Que Nuestra Madre María Santísima os mantenga en el amor por la Iglesia y en el testimonio gozoso del Evangelio. Por favor, no os olvidéis de rezar mí.



vir la aflicción unidos a Dios. Es la santidad de la vida cotidiana, que no tiene necesidad de milagros ni de signos extraordinarios. Las Bienaventuranzas no son para súper-hombres, sino para quien afronta los desafíos y las pruebas de cada día. Quien las vive al modo de Jesús purifica el mundo. Es como un árbol que, aun en la tierra árida, absorbe cada día el aire contaminado y devuelve oxígeno. Os deseo que estéis así, arraigados en Cristo, en Jesús y dispuestos a hacer el bien a todo el que está cerca de vosotros. Que vuestras comunidades sean oasis de paz.

Por último, quisiera detenerme brevemente en dos Bienaventuranzas. La primera: «Bienaventurados los mansos» (*Mt 5, 4*). No es bienaventurado quien agrede o somete, sino quien tiene la actitud de Jesús que nos ha salvado: manso, incluso ante sus acusadores. Me gusta citar a san Francisco, cuando da instrucciones a sus hermanos sobre el modo como han de presentarse ante los sarracenos y los no cristianos. Escribe: «No entablen litigios ni contiendas, sino que estén sometidos a toda



VIENE DE LA PÁGINA 9

las prácticas que amenazan la vida como los genocidios, los actos terroristas, las migraciones forzadas, el tráfico de órganos humanos, el aborto y la eutanasia, y las políticas que sostienen todo esto.

Además, declaramos —firmemente— que las religiones no incitan nunca a la guerra y no instan a sentimientos de odio, hostilidad, extremismo, ni invitan a la violencia o al derramamiento de sangre. Estas desgracias son fruto de la desviación de las enseñanzas religiosas, del uso político de las religiones y también de las interpretaciones de grupos religiosos que han abusado —en algunas fases de la historia— de la influencia del sentimiento religioso en los corazones de los hombres para llevarlos a realizar algo que no tiene nada que ver con la verdad de la religión, para alcanzar fines políticos y económicos mundanos y miopes. Por esto, nosotros pedimos a todos que cese la instrumentalización de las religiones para incitar al odio, a la violencia, al extremismo o al fanatismo ciego y que se deje de usar el nombre de Dios para justificar actos de homicidio, exilio, terrorismo y opresión. Lo pedimos por nuestra fe común en Dios, que no ha creado a los hombres para que sean torturados o humillados en su vida y durante su existencia. En efecto, Dios, el Omnipotente, no necesita ser defendido por nadie y no desea que su nombre sea usado para aterrorizar a la gente.

Este Documento, siguiendo los Documentos Internacionales precedentes que han destacado la importancia del rol de las religiones en la construcción de la paz mundial, declara lo siguiente:

— La fuerte convicción de que las enseñanzas verdaderas de las religiones invitan a permanecer anclados en los valores de la paz; a sostener los valores del conocimiento recíproco, de la fraternidad humana y de la convivencia común; a restablecer la sabiduría, la justicia y la caridad y a despertar el sentido de la responsabilidad entre los jóvenes, para defender a las nuevas generaciones del dominio del pensamiento materialista, del peligro de las políticas de la codicia de la ganancia insaciable y de la indiferencia, basadas en la ley de la fuerza y no en la fuerza de la ley.

— La libertad es un derecho de toda persona: todos disfrutan de la libertad de credo, de pensamiento, de expresión y de acción. El pluralismo y la diversidad de religión, color, sexo, raza y lengua son expresión de una sabia voluntad divina, con la que Dios creó a los seres humanos. Esta Sabiduría Divina es la fuente de la que proviene el derecho a la libertad de credo y a la libertad de ser diferente. Por esto se condena el hecho de que se obligue a la gente a adherir a una religión o cultura determinada, como también de que se imponga un estilo de civilización que los demás no aceptan.

— La justicia basada en la misericordia es el camino para lograr una vida digna a la que todo ser humano tiene derecho.

— El diálogo, la comprensión, la difusión de la cultura de la tolerancia, de la aceptación del otro y de la convivencia entre los seres humanos contribuirían notablemente a que se reduzcan muchos problemas econó-



El día 4, después de haber celebrado la misa en privado, el Papa se trasladó al Palacio presidencial de Abu Dabi para la ceremonia de bienvenida y la visita oficial al príncipe heredero, el jeque Mohammed bin Zayed Al Nahyan. Después de los honores militares y la interpretación de los himnos oficiales, el príncipe heredero acompañó a Francisco a la sala en la que se llevó a cabo el encuentro privado, que concluyó con la firma del libro de honor y el intercambio de regalos. Agradecido por la cálida acogida y por la hospitalidad, en las líneas escritas en inglés, el Papa aseguró al príncipe heredero el recuerdo en la oración e invocó sobre todo el pueblo de los Emiratos Arabes Unidos «divinas bendiciones de paz y de solidaridad fraterna». El Pontífice donó después una medalla conmemorativa del viaje en la que se reproduce el episodio narrado en el noveno capítulo de la Legenda Maior: el encuentro de 2019 entre san Francisco y el sultán al-Malik al-Kāmil. Por su parte, el príncipe regaló al Papa el acto notarial del 22 de junio de 1963, con la que se autorizaba la donación de los terrenos para la construcción de la primera iglesia en los Emiratos Arabes Unidos.

micos, sociales, políticos y ambientales que asedian a gran parte del género humano.

— El diálogo entre los creyentes significa encontrarse en el enorme espacio de los valores espirituales, humanos y sociales comunes, e invertirlo en la difusión de las virtudes morales más altas, pedidas por las religiones; significa también evitar las discusiones inútiles.

— La protección de lugares de culto —templos, iglesias y mezquitas— es un deber garantizado por las religiones, los valores humanos, las leyes y las convenciones internacionales. Cualquier intento de atacar los lugares de culto o amenazarlos con atentados, explosiones o demoliciones es una desviación de las enseñanzas de las religiones, como también una clara violación del derecho internacional.

— El terrorismo execrable que amenaza la seguridad de las personas, tanto en Oriente como en Occidente, tanto en el Norte como en el Sur, propagando el pánico, el terror y el pesimismo no es a causa de la religión —aun cuando los terroristas la utilizan—, sino de las interpretaciones equivocadas de los textos religiosos, políticas de hambre, pobreza, injusticia, opresión, arrogancia; por esto es necesario interrumpir el apoyo a los movimientos terroristas a través del suministro de dinero, armas, planes o justificaciones y también la cobertura de los medios, y considerar esto como crímenes internacionales que amenazan la seguridad y la paz mundiales. Tal terrorismo debe ser condenado en todas sus formas y manifestaciones.

— El concepto de ciudadanía se basa en la igualdad de derechos y deberes bajo cuya protección todos disfrutan de la justicia. Por esta razón, es necesario comprometernos para establecer en nuestra sociedad el concepto de plena ciudadanía y renunciar al uso discriminatorio de la palabra minorías, que trae consigo las semillas de sentirse aislado e in-

ferior; prepara el terreno para la hostilidad y la discordia y quita los logros y los derechos religiosos y civiles de algunos ciudadanos al discriminarlos.

— La relación entre Occidente y Oriente es una necesidad mutua indiscutible, que no puede ser sustituida ni descuidada, de modo que ambos puedan enriquecerse mutuamente a través del intercambio y el diálogo de las culturas. El Occidente podría encontrar en la civilización del Oriente los remedios para algunas de sus enfermedades espirituales y religiosas causadas por la dominación del materialismo. Y el Oriente podría encontrar en la civilización del Occidente tantos elementos que pueden ayudarlo a salvarse de la debilidad, la división, el conflicto y el declive científico, técnico y cultural. Es importante prestar atención a las diferencias religiosas, culturales e históricas que son un componente esencial en la formación de la personalidad, la cultura y la civilización oriental; y es importante consolidar los derechos humanos generales y comunes, para ayudar a garantizar una vida digna para todos los hombres en Oriente y en Occidente, evitando el uso de políticas de doble medida.

— Es una necesidad indispensable reconocer el derecho de las mujeres a la educación, al trabajo y al ejercicio de sus derechos políticos. Además, se debe trabajar para liberarla de presiones históricas y sociales contrarias a los principios de la propia fe y dignidad. También es necesario protegerla de la explotación sexual y tratarla como una mercancía o un medio de placer o ganancia económica. Por esta razón, deben detenerse todas las prácticas inhumanas y las costumbres vulgares que humillan la dignidad de las mujeres y trabajar para cambiar las leyes que impiden a las mujeres disfrutar plenamente de sus derechos.

— La protección de los derechos fundamentales de los niños a crecer

en un entorno familiar, a la alimentación, a la educación y al cuidado es un deber de la familia y de la sociedad. Estos derechos deben garantizarse y protegerse para que no falten ni se nieguen a ningún niño en ninguna parte del mundo. Debe ser condenada cualquier práctica que viole la dignidad de los niños o sus derechos. También es importante estar alerta contra los peligros a los que están expuestos —especialmente en el ámbito digital—, y considerar como delito el tráfico de su inocencia y cualquier violación de su infancia.

— La protección de los derechos de los ancianos, de los débiles, los discapacitados y los oprimidos es una necesidad religiosa y social que debe garantizarse y protegerse a través de legislaciones rigurosas y la aplicación de las convenciones internacionales al respecto.

Con este fin, la Iglesia Católica y al-Azhar, a través de la cooperación conjunta, anuncian y prometen llevar este Documento a las Autoridades, a los líderes influyentes, a los hombres de religión de todo el mundo, a las organizaciones regionales e internacionales competentes, a las organizaciones de la sociedad civil, a las instituciones religiosas y a los exponentes del pensamiento; y participar en la difusión de los principios de esta Declaración a todos los niveles regionales e internacionales, instándolos a convertirlos en políticas, decisiones, textos legislativos, planes de estudio y materiales de comunicación.

Al-Azhar y la Iglesia Católica piden que este Documento sea objeto de investigación y reflexión en todas las escuelas, universidades e institutos de educación y formación, para que se ayude a crear nuevas generaciones que traigan el bien y la paz, y defiendan en todas partes los derechos de los oprimidos y de los últimos.

En conclusión, deseamos que: esta Declaración sea una invitación a la reconciliación y a la fraternidad entre todos los creyentes, incluso entre creyentes y no creyentes, y entre todas las personas de buena voluntad;

sea un llamamiento a toda conciencia viva que repudia la violencia aberrante y el extremismo ciego; llamamiento a quien ama los valores de la tolerancia y la fraternidad, promovidos y alentados por las religiones;

sea un testimonio de la grandeza de la fe en Dios que une los corazones divididos y eleva el espíritu humano;

sea un símbolo del abrazo entre Oriente y Occidente, entre el Norte y el Sur y entre todos los que creen que Dios nos ha creado para conocernos, para cooperar entre nosotros y para vivir como hermanos que se aman.

Esto es lo que esperamos e intentamos realizar para alcanzar una paz universal que disfruten todas las personas en esta vida.

Abu Dabi, 4 de febrero de 2019

SU SANTIDAD  
PAPA FRANCISCO

GRAN IMÁN DE AL-AZHAR  
AHMAD AL-TAYYEB

# En señal de diálogo

de nuestra enviada  
SILVINA PÉREZ

Dos civilizaciones, la europea y la árabe, se asoman a las costas opuestas del Mediterráneo. Tiempo atrás este mar fue llamado «Mare Nostrum» y se convirtió en el corazón del Imperio Romano; aquí floreció el cristianismo; y en otra de sus orillas brotó también, más tarde, en el siglo VII, la fe islámica, que encontró en la península Arábiga, la cuna y el centro neurálgico del Islam. La visita papal a Abu Dabi, en el sudeste de la Península, coincide con un periodo en el que las aguas no están tranquilas; por lo menos en dos puntos del Medio Oriente, que se han convertido en uno de los principales desafíos del mundo actual. El lenguaje de las armas provoca muerte y fuga de cientos de personas. «Con gran preocupación sigo la crisis humanitaria en Yemen», asolado por años de guerra civil, dijo el Papa durante el Ángelus el 3 de febrero en la plaza San Pedro, antes de partir hacia Abu Dabi. «El grito de estos niños y de sus padres —añadió conmovido— se eleva ante Dios».

En este contexto, los Emiratos demuestran ser efectivamente «el país de la tolerancia», como recitan las pancartas que desde el aeropuerto hasta el centro decoran las principales vías de la ciudad. Desde aquí, como pastor de un pequeño rebaño de la minoría de católicos y como Jefe de Estado, el Papa Francisco encuentra en esa visita apostólica histórica a las más altas autoridades y afirma la necesidad de un diálogo entre las grandes religiones monoteístas. Se trata de la primera visita de un Papa a la Península Arábiga, la *Tierra Santa* del Islam, y la entrada de Francisco por la puerta grande en Abu Dabi dará un vuelco a la percepción del cristianismo en los países musulmanes y dejará un mensaje de calado a favor del diálogo interreligioso. Un paso más de la cultura del encuentro.

«Hoy por la mañana he recibido la noticia de que llovía en Abu Dabi», dijo el Papa durante el vuelo saludando a los periodistas; y «esto, en ese lugar —añadió— se considera una señal de bendición. Esperemos que todo vaya así». Después regaló a los trabajadores de los medios que lo acompañan un icono realizado por la comunidad de Bose, que representa a un monje anciano llevado a hombros por otro más joven. «Es sobre el tema —explicó— del diálogo entre viejos y jóvenes. Es algo muy importante para mí y creo que es uno de los desafíos de nuestro tiempo».

El vigésimo séptimo viaje apostólico del Pontífice cobró forma este domingo, día 3 a las 22 horas, (hora local) en el aeropuerto Presidencial de Abu Dabi cuando fue recibido por el príncipe heredero, Mohammed ben Zayed al Nahyan, quien al ingreso de la pasarela de acceso a las aeronaves (el protocolo local así lo prevé) le ofreció, junto a dos niños enfundados en la vestimenta tradicional del país, un presente floral de bienvenida. Previamente el Nuncio apostólico en los Emiratos Árabes, monseñor Francisco Padilla había subido a bordo del avión papal para saludar al Obispo de Roma. Sucesivamente, tras una breve presentación de las delegaciones, Francisco saludó al gran Imán de la mezquita de Al-Azhar y rector de la importante universidad de mismo nombre, Ahamad al-Tayyeb con quien recorrió los 28 km que lo separan de la residencia oficial del Estado, Al Mushrif Palace, donde se quedó Francisco y que es una de las sedes que el estado reserva a los huéspedes ilustres.

La agenda oficial, que se desarrolla en buena parte junto con el Gran Imán y Rector de la Universidad de Al Azhar, Ahmed al-Tayyeb —guía espiritual de los musulmanes sunnitas y presidente del Consejo de Ancianos creado por



los Emiratos—, está centrada en la participación, en horas de la tarde, en un relevante encuentro interreligioso que versará sobre el tema de la Fraternidad Humana Universal, organizado por los Emiratos, que en los últimos años han reforzado su línea de promover la tolerancia, como distintivo interno y externo del país, con el objetivo de afianzar vínculos de humanidad entre fieles de diversas confesiones y fortalecer los puntos comunes entre el Islam y el Cristianismo.

La tolerancia entre el Islam y el Cristianismo y la coexistencia pacífica de ambas religiones en la región se remonta a épocas pasadas. Prueba de ello es el complejo arqueológico de Sir Bani Yas, frente a las costas de Abu Dabi, que alberga los restos de un monasterio cristiano del siglo 6oo d.C. Son una valiosa prueba de la presencia histórica cristiana en el Golfo, que además han servido para demostrar que la actividad del monasterio continuó durante 250 años después de la llegada del Islam, lo que podría considerarse una prueba primigenia de tolerancia. Aunque el acercamiento no ha sido igual en todos los periodos históricos, en la última década se vienen sucediendo importantes signos de tolerancia y acercamiento entre las dos religiones.

La esencia de este clima fraternal cocinado a fuego lento, se aprecia de forma especial en los detalles. En 2010, la Autoridad de Cultura y Patrimonio de Abu Dabi, la *Abu Dhabi Authority for Culture and Heritage*, impulsó la traducción al árabe de un importante volumen histórico que ahonda en los lazos entre el Islam y el Cristianismo a lo largo de los siglos: *Zwischen Rom und Mekka: Die Päpste und der Islam (Entre Roma y la Meca: los Papas y el Islam)*, escrito por el periodista alemán, Heinz-Joachim Fischer. Es solo una de las numerosas muestras de una atención renovada hacia el diálogo interreligioso entre musulmanes y cristianos.

El diálogo y la fraternidad también se cristalizan en los constantes llamamientos del Papa en favor de los refugiados, muchos de los cuales son musulmanes. En 2016, el Pontífice, después de su visita a la isla griega de Lesbos, donde se concentra un alto número de refugiados, que viven en situación dramática, llevó consigo, de vuelta al Vaticano en el avión papal a tres familias musulmanas refugiadas. El lunes 4, por la mañana, el Papa Francisco atravesó la puerta

principal de Palacio Presidencial de Abu Dabi, una imponente entrada construida de bronce y acero y que pesa 17 mil kilos, tiene 12 m. de ancho y 8 de ancho, y fue recibido en privado por el príncipe heredero Mohammed ben Zayed al Nahyan.

Los Emiratos Árabes Unidos se sitúan a la cabeza de una estadística particular: es el Estado con mayor porcentaje de población inmigrante del mundo. Según los cálculos de Naciones Unidas, el 80% de la población del país, no ha nacido ni morirá allí y solo se encuentra en el territorio de forma temporal, ya que los visados de trabajo están limitados en el tiempo y el acceso a la ciudadanía es prácticamente imposible para los extranjeros.

En ese marco, la distribución de la población, por tanto, es bastante peculiar y está marcada por los flujos migratorios por motivos económicos: la mayoría está en edad laboral y hay aproximadamente tres hombres por cada mujer. El mayor grupo nacional no son los emiratíes, sino los indios, que conforman poco más de un cuarto de la población. También un elevado número de cristianos en busca de empleo ha recalado en el país a lo largo de los últimos años. En la actualidad viven en los Emiratos Árabes más de 900 mil cristianos católicos de diferentes nacionalidades, que representan en torno al 9% de la población total, frente al 76% de musulmanes y al 15% que profesan otros credos. Estas particularidades, no obstante, son un fenómeno relativamente reciente, ligado al desarrollo del país gracias al petróleo. Aunque las comunidades extranjeras siempre han existido en los Emiratos, los trabajadores extranjeros comenzaron a aumentar exponencialmente a raíz del boom del petróleo en los años 70, que enseguida se tradujo en una escasez constante de mano de obra.

Desde entonces, el número de extranjeros, ha seguido creciendo, pues resultan mucho más baratos que los ciudadanos emiratíes, que además suelen rechazar el trabajo manual en el sector privado. Sin embargo, los más de seis millones de inmigrantes que residen en los EAU no forman una comunidad homogénea. Existen enormes diferencias entre los trabajadores extranjeros dependiendo de su ocupación, nacionalidad y sexo. Al mismo tiempo, a pesar del carácter excepcional del país, su política migratoria está muy relacionada con la de otras economías ricas.



En la audiencia general el recuerdo del viaje a los Emiratos Árabes Unidos

## El diálogo entre Cristianismo e Islam decisivo para la paz en el mundo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos días viajé a los Emiratos Árabes Unidos. Un viaje breve pero muy importante que, uniéndose al encuentro de 2017 en Al-Azhar, en Egipto, ha escrito una nueva página de la historia del diálogo entre Cristianismo e Islam y del compromiso de promover la paz en el mundo sobre la base de la fraternidad humana.

Por primera vez un Papa ha viajado a la península arábiga. Y la Providencia ha querido que sea un Papa de nombre Francisco, 800 años después de la visita de san Francisco de Asís al sultán al-Malik al-Kamil. He pensado a menudo en san Francisco durante este viaje: me ayudaba a tener en el corazón el Evangelio, el amor de Jesucristo, mientras vivía los diferentes momentos de la visita; en mi corazón estaba el Evangelio de Cristo, la oración al Padre por todos sus hijos, especialmente por los más pobres, por las víctimas de injusticias, guerras, de miserias...; la oración para que el diálogo entre el Cristianismo y el Islam sea un factor decisivo para la paz en el mundo de hoy.

Doy las gracias de corazón al príncipe heredero, al presidente, al vicepresidente y a todas las autoridades de los Emiratos Árabes Unidos, que me han recibido con gran cortesía. Este país ha crecido mucho en las últimas décadas: se ha convertido en un cruce de caminos entre Oriente y Occidente, en un «oasis» multiétnico y multirreligioso y, por tanto, en un lugar idóneo para promover la cultura del encuentro. Expreso mi profundo reconocimiento a monseñor Paul Hinder, Vicario Apostólico de Arabia del Sur, que preparó y organizó el evento para la comunidad católica, y mi «gracias» se extiende con afecto a los sacerdotes, religiosos y laicos que animan la presencia cristiana en esa tierra.

He tenido la oportunidad de saludar al primer sacerdote —de noventa años— que fue allí a fundar tantas comunidades. Está en silla de ruedas, ciego, pero la sonrisa no se aparta de sus labios, la sonrisa de haber servido al Señor y de haber hecho tanto bien. He saludado también a otro sacerdote de noventa años —pero este caminaba y continuaba trabajando. ¡Bien!— y a muchos sacerdotes que están allí al servicio de las comunidades cristianas de rito latino, de rito siro-malabar, siro-malankar, de rito maronita que vienen del Líbano, de la India, de Filipinas y de otros países. Además de los discursos, en Abu Dabi se ha

dado un paso más: el Gran Imán de Al-Azhar y yo firmamos el *Documento sobre la Fraternidad Humana*, en el que juntos afirmamos la vocación común de todos los hombres y mujeres a ser hermanos como hijos e hijas de Dios, condenamos todas las formas de violencia, especialmente la que se manifiestan por motivos religiosos, y nos comprometemos a difundir valores auténticos y la paz en todo el mundo. Este documento será estudiado en las escuelas y en las universidades de varios países. Pero también yo os recomiendo que lo leáis, lo conozcáis, porque da tantos impulsos para avanzar en el diálogo sobre la fraternidad humana.



*El diálogo entre el Cristianismo y el Islam es un «factor decisivo para la paz en el mundo de hoy». Está tan convencido el Papa que en los «diferentes momentos de la visita» que realizó los días anteriores a Emiratos Árabes Unidos rezó por esta intención. Lo confesó él mismo en la audiencia general del miércoles 6 de febrero, durante la cual revivió con los fieles presentes en el Aula Pablo VI todas las etapas del viaje a Abu Dabi.*

En una época como la nuestra, en la que existe una fuerte tentación de ver un choque entre las civilizaciones cristiana e islámica, y también de considerar las religiones como fuentes de conflicto, hemos querido dar otra señal clara y decisiva de que es posible el encuentro, el respeto y el diálogo entre sí y de que, a pesar de la diversidad de culturas y tradiciones, el mundo cristiano y el mundo islámico aprecian y protegen los valores comunes: la vida, la familia, el sentido religioso, el honor de los ancianos, la educación de los jóvenes y otros.

En los Emiratos Árabes Unidos vive aproximadamente poco más de un millón de cristianos: trabajadores originarios de varios países de Asia. Ayer por la mañana encontré a una representación de las comunidades católicas en la Catedral de San José en Abu Dabi —un templo muy sencillo— y después de este encuentro celebré para todos. ¡Eran muchísimos! Dicen que entre todos los que estaban dentro del estadio, que tiene capacidad para 40.000 personas y los que estaban frente a las pantallas fuera del estadio, se llegaba a 150.000. celebré la Eucaristía en el estadio de la ciudad, anunciando el Evangelio de las Bienaventuranzas. En la Misa, concelebrada con los patriarcas, los arzobispos mayores y los obispos presentes, rezamos de modo particular por la paz y la justicia, con especial intención para Oriente Medio y Yemen.

Queridos hermanos y hermanas, este viaje pertenece a las «sorpresas» de Dios. Alabemos al Señor y su providencia y recemos para que las semillas que se han esparcido den frutos según su voluntad.

*Al finalizar la catequesis el Papa saludó a los diferentes grupos de fieles presentes, recordando en particular la tragedia sucedida «el sábado pasado, cerca del archipiélago de las Bahamas», cuando «se hundió una barca con decenas de inmigrantes a bordo, procedentes de Haití y en busca de esperanza y de un futuro de paz».*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Cuando entraba vi que había muchos andaluces, que saben hacer ruido. Agradecemos al Señor este momento de gracia que ha sido el viaje a los Emiratos Árabes Unidos y recemos para que crezca la fraternidad entre todos los creyentes en Dios, incluso entre estos y los no creyentes, y todas las personas de buena voluntad. Muchas gracias.